



LA AGONIA COTIDIANA

LIBRO

D e

VICTOR MOLINA NEIRA

VICTOR MOLINA NEIRA

LA
AGONIA
COTIDIANA

POEMAS

Ilustró FIDELICIO ATRIA M.

EDICIONES YUNQUE

IMPRESA MINERVA

Rosas 2986

SANTIAGO DE CHILE

1940

PARA ESPERANZA, UNA MUCHACHA PURA,

en virtud del rocío
y de su entraña étnica,

en virtud del viento que limpia
los prados y los ejos,

en virtud de una dulce
ciudad que se abre,

en virtud de mi espirita arredillado

VICTOR

Primer Libro de Agonia

INMIGRACION AL CISNE

He descendido al corazón del cisne.
Miembro de su prestigio y su dialéctica,
he descendido al corazón del cisne.
Solamente en la víspera del agua;
jefe, tan sólo, de un caballo vírgen.
Desnudo como el aire o el pecíolo,
en intenso negocio de raíces.
Cuando bajé al cristal, digamos nardo,
echó a correr la tierra sus violines.
Y las luces, golosas de tu cuerpo,
inundaron tu cátedra difícil.
La blanca ceremonia que menciono
con mi rocío personal coincide.
Con mi espátula de oro en los ocasos,
con mis dientes cargados de rubíes.

Del azul eres la mejor discípula
y el privilegio de los alhelíes.
Si evaluó el insecto, te incorporas
en su inmediata secta de copihue.
Si merezco el arcángel, solicitas
que en tu jurisdicción lo deposite.
Cuando yo digo siempre, dices nunca,
como una niña de palabra simple.
Y sin embargo, anémona inclusive.
Al nacer, todo pájaro te intuye,
tu material celeste circunscribe,
desde lejos aprende la fragancia
de tu sexo tan joven como un príncipe.
¿Para qué coger lirios, si tus manos?
¿Para qué sembrar oro, si tu estirpe?
Basta que yo te quiera, basta, y tienes
alas en tus omóplatos felices.
La noche está agredida por rebaños
de abejas turbias que en tu sien persisten,
y una luz de solemnes ademanes
sube por la montaña, y me persigue.
Dios Eterno, que no me crucifique.
Quiero mis manos sueltas esta noche
porque he bajado al corazón del cisne.

PRESENCIA AUSENTE

Esta noche, cuánta almendra
controlan mis dedos tibios.
Tanto rosado animal
que suscita tu vestido.

Un aire inseguro, lleno
de acontecimientos íntimos,
con un piano de alas puras
asalta mi domicilio.

Qué pueblo de ángeles viene
discutiendo por el río.

Sube que sube la noche
tan lenta como yo digo.
Manojos de luna nueva
ya crecen en los caminos.

Caramba cómo galopan
mi corazón y sus pífanos,
que buscan buscan tu pelvis
por trigales cristalinos.

Que buscan buscan tu pelvis
para cubrirla de lirios.

Te hallan, apenas desnuda,
Espuelas de mis instintos,
dos campanarios pequeños
relucen bajo el corpiño.

Moja la brisa en tu carne
su blanco pañuelo místico,
y sin escrúpulos muere
llorando sobre tu ombligo.

A ratos Maese Otoño
muestra su sexo amarillo.

Y un alazán tengo ahora
supeditado al rocío;
dúctil oro paralelo
sus crines y sus relinchos.

Sobre cualquier pasto, un día
tenderá tu cuerpo fino,
y comerán de tus rosas
sus belfos humedecidos.

Merienda de gran alcance
y de poco raciocinio.

La noche pasa rodando,
rodando en sesenta anillos,
y califica de negro
los nardos y los jacintos.

¿Quién cruza por mi ventana
igual que un dulce bandido?
¿Con cuánta anémona de oro
se puede escribir un libro?

Que mis manos, puestas en
actitud de espera cóncava,
sollozan como dos niños.

BREVE EXPLICACION

Puro, en virtud del aire que te nutre en las plazas,
y de aquel blanco insecto que alguien te proporciona,
hay un lebril estricto en tu garganta.

Doble nace en tus ojos la miel cuando me miras,
A tí corre mi oído, de tí el laurel escapa,
sobre las torres duermen tus manos, y el elogio.
Yo acuso a la paloma de ser blanca.

Inauguras la fruta con tu beso, inauguras
el día con tu beso. Tienes rodilla exacta
y llena eres de hijos cuando la luna mengua.
Un duro puño, a veces, brota de tus palabras.

De ahí que haga catálogos de sangre, y manuscritos
dolorosos, y piano desordenado en lágrimas.

Tengo, en verdad, tan gruesa de penas la voz mía,
tan mordida de perros grises y circunstancias,
tan ataúd de cal demente y servidumbre,
que muerta bajo el mar está mi flauta.

Mis manos agonizan entre los corredores
y es inútil que el sol quiera vitalizarlas.
Tienen una aspereza de juventud breñosa,
rotas están de tanto coger raíces agrias.

Sin embargo, era en ellas la recepción del trigo
una suave y continua liturgia. Cuántas lámparas,
cuánta elección de cúpulas y musgos,
cuánta persecución de abejas claras,
cuánto febril pecíolo arrancado a las hojas.
(Amiga hubo que un día las cubrió de medallas).

Soy, en verdad, por fuera, puro y frío martillo.
Mas, en verdad, por dentro, soy un vellón de lana.

Tropas de golondrinas me gobiernan sin duda,
conduzco un diario antílope cervino en mis espaldas
y sepulto, además, las flores que fallecen,
gratuitamente en medio del patio de mi casa.

Claro es que en ocasiones, digo, me fué imposible
transigir con tus rosas. De pronto las amaba,
diez minutos más tarde les partía sus muslos
con un puñal que todavía sangra.

Pero tú sabes cuánto capitán destruido
reposa en cada gota de mi sangre portuaria.

Sabes que el lirio, en grandes cantidades, visita
cerca de medianoche los bordes de mi cama.

Sabes que en la cabeza tengo una mano blanca.

Mañana, responsable de oxígeno caído,
seré muerto por cuatro fusileros, mañana.

INQUILINO DEL CREPUSCULO

Hay alas enterradas bajo el pasto.
Dentro de cada estómago de oveja
florece un campanario.

Llevo un golpe de antílope en las venas,
y es sin cesar que fluyen mariposas
desde mi mano izquierda.

Sólo pienso en que todo es una gota—
alta en diafanidad y contenido—
de tu agua religiosa.

Oigo tu paso familiar, y el íntimo
gnomo de tu palabra en la saliva
de los trigos dormidos.

Y entre las abluciones campesinas
del aire, misteriosamente suena
tu corazón de niña.

Aquí te llevo, sí, de tal manera
que hasta puedo ceñirte y desnudarte
con roja inteligencia.

Que hasta puedo sangrar sobre tu carne
lo mismo que un guerrero fusilado
o un ciervo inolvidable.

El añil se abalanza hacia los campos,
y la tarde es un oro moribundo
que me estira sus manos.

Y a cada aljófar, bandolero puro
donde la angustia cruza su persona,
salta mi corazón goloso y crudo
en demanda de rosas.

EL BOSQUE

En los alrededores de tu leche tiende la vida su infinita red vertiginosa, y canta.

Demora en sumergir tu cabeza en la angustia, y canta. Demora en enseñarte el prodigio del parir y del criar, y canta.

Busco esta soledad del bosque para comprender tu sana y dócil lejanía. Y aquí se agita esa pubertad tuya entre los pinos y el mar, a merced del lenguaje de los pájaros, halagüena.

Qué tranquilos y menudos pasos vienes dando en silencio desde tu propio rincón de siempreviva. ¿Es para cogerme los ojos y distribuirlos? Porque faltas, mis ojos no tienen dónde afirmarse.

Me gustas cuando levantas el anillo del suelo, y te doblas como un joven pedúnculo, y tu finísima pierna se va desnudando sola hasta encerrarse en tus calzones escolares. Entonces algo amarillea en mi extraña juventud de bandolero, y las yemas de mis dedos se llenan de un afán que nadie conoce de inmediato. Entonces sí que bien te aquilatan mis sentidos, y entonces sí que en mi alma hay leyenda y oro.

No debo olvidar que estoy en un bosque, y que existe un perfecto centinela a cada lado de mi respiración. Sentado encima de las retorcidas hojas de los pinos, secas y desvitalizadas en la arena, escucho cómo el mar suda su largo esfuerzo de oleaje. Sentado yo, muerto en silencio y en rocío.

Otrora supe vivir en el corazón de la rosa, y hacerme su inquilino cotidiano. Pero hasta la piel se me oscurece ya, y se me fuga. Enteramente voy pareciendo un ángel de exilio o un caballero en derrota. Ya no sé ni escuchar el delicadísimo otoño de los vegetales, y apenas logro percibir la virtud del trigo maduro.

Sin embargo, el bosque me da su misterio y me hermana a su equino galope. La Atmósfera sueña, completa de ahorcados.

El corazón se expresa en el mejor de sus dialectos, egresado repentinamente de un clima místico, buen corazón de orfebre. Hecho de medialuna y cruzcatólica, siempre se halla de turno frente a la soledad: controla el nacimiento de las flores, hace lentos análisis al viento, profetiza, desprestigia, censura.

¿Para qué la pensión de sol, de aire y de agua que alguien me obsequia? Tú me bastas, así, en proyección de madre, con el vientre ya ornamentado para la recepción del hijo, con un suave gnomo hurgueteando tus senos y limpiando los canales en que se moverá tu leche, con la garganta presta a la canción de cuna. Mis ojos salen a mirarte y regresan cargados de flores.

El bosque me hiere ahora con su lanza y me da a beber vinagre. Todo gira hasta cansar mis sienes y mis manos. Todo se yergue desde su diario proceder, desde su innata almendra de acción, y ahora camina hasta rodearme y tocarme. La raíz, la savia, el insecto solitario, las fáciles hojas caídas, el mentón de cada flor, la palabra de filiación suave, el ogro forestal, el mineral que sueña bajo mis pies.

Y te recuerdo. El recuerdo es la muerte de la soledad cuando estamos solos.

ENTREGA DE MARGARITA, UNA NOCHE

Margarita llegó virgen
y regresó desflorada.

Un olor a quince años
traía bajo sus faldas,
cada pupila era un pueblo
de luminosa substancia.

Sabemos que ciertas tribus
de alondras sin importancia
vivían en forma dulce
adentro de su garganta.

Príncipes blancos, sus senos
crecían como naranjas
o como rosas paridas
en tierra de buena cáscara.

Alumna completamente
de la fresca gota de agua,
enredada a un Dios rural
vino a cancelar sus mandas.

Margarita llegó virgen
un lunes por la mañana.

Y en noche que no recuerdo,
tras unas cuantas palabras,
alguien le rasgó el corpiño
y le rompió las enaguas.

Bajo su ropa hubo un débil
titubeo de manzanas,
nacióle amapola súbita
sobre las mejillas claras.

Y ancló esa noche una rosa
de joven sangre en las sábanas.

*Un niño azul brotó en su maravilloso cerebro
campesino y atravesó de kilvón todo ese caos
nuevo para la forastera.*

Un niño azul, parecido a la felicidad.

El azul es un celeste maduro.

*Todos los huesules de manzano adentro se
soltaron hacia Margarita.*

*La misma bestia usual dispersándose de
pronto.*

Palabras de idioma líquido,
blancura inorganizada,
conurrencia de jazmines
entre las cuatro murallas.

¿Por qué se apagó la lámpara?

Sembró sus gallos lejanos,
dulce, la nueva mañana.
Despertaron las ovejas.
Margarita despertaba.

Cuando regresó a su pueblo,
ruborosa y desflorada,
cantaban junto a sus muslos
veinte monedas de plata.

TECNICA DE LA FLOR AL DAR SUS HIJOS

¿Para qué tanto estambre derramado
y tanta luz ardiendo en tus mejillas
y tanto amanecer de frescos gallos?

Un hijo nuestro viaja hacia nosotros.
Viene desde lo dulce y lo ignorado,
en galeras de azul y en cervatillos,
con pie de caballero y de gitano.

Cruza en osmosis blanca las paredes
de la rosa y la abeja. Sin embargo,
cruza en osmosis blanca a estos muros
del caracol de mar y del naranjo,

Inesperada miel de siemprevivas
controlará su ingreso en el espacio.
En día lunes romperá tu vientre,
una noche cargada de aldeanos.

Sumido en mis abismos superiores,
no sentiré llegar su cuerpo claro.
Y sólo al ruido de tu leche, sólo,
despertarán mis ojos y mis brazos.

Todo será de luz, y un buen rocío
gordo amanecerá sobre los campos.

Surgirá como el alba se levanta,
de un celeste rumor vendrá dotado;
dueño de un ángel íntimo que asombre,
podrá ser gran discípulo del árbol.

Tú sabes cuánto corazón rebelde
entregará al servicio de sus manos.
Profundamente amigo de la alondra,
buscará la amistad de su regazo.

Amedrentadas huyen tus caderas
de mi ardor para no perjudicarlo;
me niegas el fiel vino de tus senos
en virtud del pezón para sus labios.

Buscas la cercanía de las fuentes
para darle un idioma depurado,
y mascas golondrinas y amapolas
para formar su sangre de muchacho.

He prohibido al viento que golpee
tu vientre, si caminas unos pasos;
tu piel de blancas rosas sumergidas
debiera tener guardias y abogados.

Que un lunes vencerá sus soledades
el celeste producto de mis nardos,
Nacerá nuestro hijo, y serás vírgen.
¡Oh, vírgen antes y después del parto!

NOCTURNO EN DOS JORNADAS

a) Recuerdo y evaluación

A diario ella tenía las pupilas signadas
por la mano del cielo.
De veinticuatro cisnes constaban sus miradas.
Hablaban, y detenían los pájaros su vuelo.

Desahucí una noche mis ciudades gastadas,
vencido por la dulce gloria de su pañuelo.

Afirmo que su frente suscitaba el rocío
como el agua redacta la alondra de su nombre.
Caían de su mano, nardo de poderío,
las superiores leyes que encadenan al hombre.

Industria es ella, industria de néctar permanente
y además, de esas flautas donde reposa un santo.
En ocasiones se hace cómplice de mi ambiente,
deroga la luz virgen y el trigo antecedente
y es cual una gacela subiéndose a mi canto.

De qué la abogacía del pedúnculo, entonces?
De qué el minué del aire conceptuado a distancia?
Ella equivale al trigo, es copa de sus bronces.
Ah, celeste palacio de mis rosas de Francia.

Yo sé que ella equivale también a los narcisos
Sin embargo, a menudo desvía su cabeza.
Sus frescos ojos jóvenes, lebreles huidizos,
apenas usan tiempo para mirar su presa.

Es ella un gran milagro de la Naturaleza.

b) Esperanza

Cuando la espiga tarda su madurez, o cuando nos anuncian un ángel difícil e impaciente, entonces nace aquella paloma cuya frente tiene una deuda. Nace, y es tan sólo volando.

Excepto la blancura del jazmín y otras cosas, ella -vírgen asidua- constituye mi espera. No digáis que hace tiempo murió la primavera: tengo bastantes rosas; sí, suficientes rosas.

Callemos, porque viene. Intuyo que camina de la mano con una pausada golondrina, flor a flor, luna a luna, deteniéndose a veces.

Derramaré en su labio mi corazón de fuego. Cuando llegue, aseguro que el sol quedará ciego y habrá sobre las playas un éxtasis de peces.

DEBIL SUCESO DE PROVINCIA

1

Era en el mes cuya significación acostumbro a circundar de azul. La tierra habíase modificado certeramente, y ya muchas flores competían en aroma y hermosura sobre los campos. Caía un viento indescriptible desde el cielo.

2

Personas rurales, los caballos se parecían a aquellos clavelines que los estudiantes suelen conducir en el ojal. Así de olorosos y de busca-riñas.

Con los dedos podía jugarse a los soldados. El dedo gordo oficiaba de capitán, el meñique era el Benjamín del grupo. A veces las golondrinas los hacían huir hacia el lápiz, o bien acontecía que una mariposa iniciaba su enloquecimiento.

La paloma estaba dentro de su órbita celeste.
Nunca más inactual que ahora, la paloma.

3

Entonces, cuando lloraba, parecíame tener la cabeza de mi padre entre las manos.

4

Conocí al cisne que brota entre las nieblas: niña donde la gracia es inconclusa como la leche de las madres; Estallaron lunas adquiridas por mi propio esfuerzo, tuve silencios finos y vigiliadas; dí órdenes a mis pies, a fin de que sólo pisaran lo que es dulce; de una celeste palabra fui mordido.

5

Entiendo que ella nunca indagó entre los nenúfares, buscandome.

6

Levantarse de madrugada es asistir al renacimiento de las cosas, crecer en puño y alhelles. Me vestía temprano para verla; solo con vislumbrar su delantal recién limpio hervían mis ojos. A ratos me sentaba en un escaño, débil por el peso de las aves diarias, y leía cada gota de rocío con la unción de los dignos sacerdotes.

En cada flor el rocío era un palacio independiente.

Desde cada palacio emergía una princesa.

La princesa es un ser inalterable.

7

Y así concurría al goce de las horas. La dicha ampliaba mis venas. No pensaba en Dios, porque era feliz.

8

Mas, sucedió que las abejas auspiciaron un cónclave, y cada una en su celdilla verificó la miel concerniente al ritual. De camarlengo tenían a un pequeño coleóptero que todos los días gruñía en mi ventana.

9

Y fué elegida como la dulce entre las dulces, como la infalible entre las infalibles, como la madre de sus fiestas de miel.

10

He aquí mi soledad. Comprobadla. Soledad semejante a la del árbol que no tiene hojas y del cual huyen los pájaros.

11

Pura estaba, lo digo. No pequé contra ella. A menudo su recuerdo trepa hasta mi mente como la enredadera de su casa.

SITUACION Y TEMORES

Celeste diputado por septiembre,
el nenúfar en tí medita y crece.

Fuí el mancebo de Leda entre tus piernas,
intruso amigo de nevada frente.
Por mí ya tiene flores, como un árbol,
la importancia redonda de tu vientre.

Para tu soledad traje mi cuerpo
sumido en una atmósfera de mieles.
Traje mi corazón de agronomía
y también la mirada que conviene.

Mi mano hizo el estudio de tus muslos
con una flor rural por dirigente,
y para qué decir la dulce iglesia
que encontró en los misterios de tu pelvis.

Creo en tí, ciudadana prohibida,
creadora de Dios y de mi muerte,
en tu prístina dádiva de sangre,
en tu mañana llena de jinetes.

Creo en los vegetales filamentos
de tu fina cintura, en los poderes
de tu fina cintura fatigada,
Creo en tí, porque admiro lo celeste.

De tu pie a medianoche nace un ángel
sabio como una rama de laureles.
Todo puede ocurrir a medianoche
dentro de todo corazón viviente.

Oh, tus botones de jazmín no abiertos.
Oh, tu célibe pífano que duerme.
Como una campesina desflorada,
temor a caer madre te florece.

Es que de pronto el nardo infla las carnes.
Y yo seré el labriego de tu vientre.

INSTANTE DE FUEGO, Y FRACASO

*Es la hora en que la rosa se torna ilegítima.
Una tristeza, común como el otoño en los
árboles, camina a través del parque adorme-
cido.*

*Esperanza — virgen de esas que maduran
para quebrarse en leche o parir breves ove-
jas — y Víctor mano sustentada de alhelios
que ensaya recoger la suave religión de las
cosas — están de pie junto a un árbol, y ha-
blan.*

*Llega la noche y el espíritu de ambos se lle-
na de costumbres.*

ESPERANZA

Un aire anciano, un aire como
parido en viejas golondrinas,

se mueve adentro de tu cutis
en este martes de ceniza.

Hoy adivino en tu silencio
una excepción de estrellas finas.

¿Dónde tu voz de fauno joven
dejó olvidada la sonrisa?

Víctor, en medio de tus ojos,
Víctor, suena una luz caída.

Duerme en la hierba de tus brazos
un toro de melancolía.

Tu corazón me lame, entera,
como una dulce lengua antigua.

Toca mi boca con tu boca
para que nazcan maravillas.

VICTOR

Pero no puedo, porque sangra
la herida angustia de mis pasos.

Tengo rencor por mi experiencia
de blando cogedor de pájaros,
por la humildad del agua pura,
por la elegancia de tus manos.

No me convencen hoy los lirios
y cada estrella me hace' daño.

Lava mi carne con tus sales
pues traigo ganas de pecado.

*Víctimas de una adolescencia inmediata,
caen las flores a los pies de ambos amigos.
En realidad cada uno se preocupa del talle
del otro.*

*Hierve un profundo vino en el fondo de sus
cuerpos.*

ESPERANZA

Cógeme, cual si fuera una
pluma de alondras, o una espiga,
o una abnegada hoja de higuera,
o una tonada campesina.

Echa a correr por mis cabellos
tu aliento, a modo de jauría,
y que un maduro cisne escape,
sin dirección, desde mis fibras.

Por mis espaldas sube, lenta,
alguna multitud de lilas,

y en mis sueños he detenido
la mejor claridad del día.

Pero, mi espalda no desnudes
porque nos cerca la ceniza,

ni abras mi pecho, porque embriaga
su levadura cristalina.

*Las sudorosas palomas que ambos llevan
adentro se solicitan ya mutuamente.
Además, en todo huerto hay vacante para
un lirio.*

VICTOR

El aire muele en tus caderas
su trigo de buen aldeano.
Para tu falda trae rosas,
rosas de diecisiete años.
El caracol cierra su oído
y echa a dormir sus ojos claros,
la población total del mundo
nada sabe de nuestros lazos:
situaré las aéreas rosas
en tu vientre desnudo y blanco,
y haré bajar desde los cielos
un nardo crudo hasta tus manos.
Sobre tu carne pondré aroma,
caricia y besos de muchacho.
Y angustiaré tu poderío
con mi calor de joven fauno.
Y serás mía, y semejante
a un dulce antílope mojado.
Y abasteceré de jazmines
tu cuerpo azul de lampadarios.
Y me daré como un esposo,
y cantaremos, entre tanto
el viento arroje a tus caderas
su frío manantial de pájaros.

*Se agolpan los cinco sentidos en los dedos
del joven. Con técnica suave y correcta él
desabrocha la blusa de Esperanza.*

*Entonces insurge el pecho de celeste genea-
logía.*

*Esperanza cierra los ojos, y en la vencida
pequeñez de sus senos a'etea, tímidamente,
un ángel de diecisiete capítulos.*

Ahora, la niña no quiere entregarse.

ESPERANZA

Se ha incorporado en mí la luna.
Dentro la sé como una hija.

No quiero vínculos de hombre
porque a mi luna perdería.

Bajo los dedos de la Virgen
la flor de Dios no se marchita,
ni constituye vasallaje
ante cualquier palabra tibia.

Que doncellez tengo guardada
para un tálamo de provincia,
y que sólo aceptaré nardos
cuando sean de alma legítima.

Respeto, Pan, mi buen corpiño,
calma tu ardiente maestría;

de mis caderas escolares
aparta tu ansia masculina.

No sé quién da sus elementos
para que tú, en ajenas viñas,
fijes afán, labio y abrazo
como un señor de agua escogida.

Contén tu voz de húmedo alcance,
propietario de mis rodillas.

Madre seré, correctamente.
Déjame fresca todavía.

*¿Con qué material de horizonte pudo Esperanza construir esta réplica? Un grueso dolor viene deshojándose por los caminos, igual que un perro desintegrado.
Gota a gota, cae un breve silencio en los hombros de Esperanza.
El silencio es un ruiseñor de rodillas.*

VICTOR

Calla tu voz, ópalo y lluvia.
Calla tu voz, donde los astros
sueltan su espesa luz de noche
y hacen brotar sus jugos claros.

Sobre mi arcilla dependiente
han venido a sudar los pájaros,

y en mis arterias suena el alma
roja y nupcial de los veranos.

Llevo un furioso amor a cuestras
y no quiero purificarlo.

Cruz de madera voluptuosa
fragante a cópula de sándalo.

Materia exacta de tu vientre,
¿no la destinabas a mis manos?

¿Quién, si no yo, tendrá la prístina
gota de sangre de tus labios?

Pero, Esperanza no quiere ser madre.

*Y aunque en todo huerto hay vacante para
un lirio, Esperanza se apodera de Dios y
deviene niña omnipotente.*

*Y de nada vale que de pronto algo así como
grandes vientos feroces cruce el cerebro del
amado.*

*Y Esperanza sacude su mirada, y echa a co-
rrer sus dedos en forma prohibitiva.*

*Y su cuerpo queda sin desenlace nupcial.
Y la fina carne paralela de sus piernas, que
se funde y se detiene un momento en la
comba del vientre, no acepta ilegales nardos.*

*Y su cuerpo—¡su cuerpo!—queda sin desen-
lace nupcial. Su cuerpo rubio, como hecho a
grandes citaciones, como habitado por una
sola rosa límpida puro y severo en los
atardeceres.*

*Ahora, en esta hora que usa la golondrina
para controlar la fresca conducta de sus hi-
juelos.*

ELLA, A TRAVES DE SU SILENCIO

No toquéis los objetos de su cuerpo.
Dejad limpios sus brazos y su perfil, y el íntimo
sabor de sus pezones maravillosos.
Que se mantenga blanca, de acuerdo con la Biblia,
blanca a pesar de las cuatro estaciones.
esclava de la nieve.

Agonizo mirando cómo huye su pureza
de entre el hueco fecundo de mis dedos.
Ella me da la agonía de contemplar su cuerpo claro.
Mi mente, prestigiada por su nombre,
cae hacia la gastada soledad cotidiana.
Estar solo parece que es llenarse de jazmines.

¿Cuánto tiempo hace ya, cuánto, desde aquella primera
captura de sus senos, tan tibios de volumen?
Era en la hora de los suicidios, hora de coger rosas,
hora en que los frutos abandonan sus altos palacios.
Producía
miel, agua y pan el viento independiente.

En su cuerpo mi mano pudo ser una abeja
que fatigara el néctar de sus mejores flores.
Hubiese nacido alguna hija favorable
con sabor de azucenas ilegítimas y húmedas,
amanecida en las inmediaciones de Esperanza
como un obsequio de rocío.

Cuánto hago porque mi puño crezca, porque su rosa
crezca, en mitad de un aire legal y poderoso.
Para besar renueva sus labios, siempre, al llegar el día.
Y su corpiño está cansado de citar a los ángeles.
Empero aquella sangre que dan las desfloradas
no brotará en mi lecho.

Sólo pedí una brizna de su calor, un poco
de su persona tendida para el vino y la miel.
Obedeced los altos mandatos del instinto,
de eso que es docto en curvas, panceleste caballo.
Hoy cobra actualidad de nuevo en mí la extraña
canción de sus gemelos pechos jóvenes.

Porque el estambre es dueño de unas finas pupilas,
cuidadosas del viento, básicas a veces,
porque lo paternal vuelca en mí un sueño tácito,
porque vacila a ratos su cintura, clasificada estrella,
porque tengo una roja edad de niño y un alhelí cayéndose.
La mujer que se abre al amado continúa virgen.

Está sola y lejana. Estoy lejano y solo. Un cielo gris,
deshojado y caído sobre el agua, se agita.
Tanto áspid que contienen mis venas, tanta rota merced,
tanto detenido privilegio y agusanada fruta.
La ausencia vuelve nuestros ojos hacia nosotros mismos,
es por el olvido que los ojos lloran hacia dentro.

LEJANIA SIN CARTA

Es porque estamos lejos

Es porque estamos lejos: mal rocío,
higuera vana; es porque estamos lejos.
Afuera, el frío se marchita y cae.
La burra de Jesús solloza, adentro.
No basta el mar de frescos procederes,
ni el lebril que recorre mis cabellos,
ni el corazón de mi meor amigo;
no basta nada, y nunca, que yo muero.

Es porque estamos lejos.

La mediación de todo perjudica
con su raíz de tránsito y de fuego.
El aire actual no logra arrodillarme
y el Mesías no viene hasta mi huerto.
Todo parte de mí hacia el horizonte,
todo eleva su fuga, y lo comprendo:
dos ojos puros fatigados y una
concurrencia de sangre en mi cerebro.

Es porque estamos lejos.

Hoy ha quedado seca tu palabra
y hasta el rosal detuvo crecimiento.
Hay una lenta evacuación de flores
sin cesar en el alma que yo tengo.
Se nace toro, pero a buey de tiro
se llega sin querer, en un momento,
que el amor necesita indiferencia
y es importante conocer el trébol.

Es porque estamos lejos.

Ahí callas, nevada de perfumes,
cerca de mí, con el corpiño abierto,
y se burla del llanto de mi carne
la sencillez innata de tus senos.

Sé que no puedes ofrecerte ahora
ni al aire joven que te sigue entero,
ni a belfo de corcel adolescente,
ni a la golosa entraña de mi lecho

Es porque estamos lejos.

VIGENCIA DE ESPERANZA

a)

Es una muchacha de finas manos, hechas para cortar lirios en medio de los amaneceres. Se llama Esperanza.

Esperanza viene de Esperar.

Esperar es tener alertas las manos, fresco el corazón y altas las pupilas.

Esperar es dormir con los ojos abiertos.

b)

Esta mañana hemos salido a recorrer el campo, Esperanza y yo.

Enlazamos nuestros dedos gloriosos, y éramos sonrientes como dos pequeñuelos.

Los últimos alientos del estío vagaban por el aire. El otoño empezaba a estrangular el pecíolo de las hojas, y la savia iba haciéndose escasa. El arroyo conducía suavemente, a modo de barcos, algunas hojas secas.

Del sol caía un breve discurso hacia los viñedos en sazón. Mariposillas trémulas, blancas, chocaban entre el pasto. Un ambiente frío golpeaba mi nuca, igual que si un fresco ángel se hubiera disuelto alrededor de mí.

De qué manera Esperanza se colocó hoy sus vestidos? En cada pliegue había un goce para mis ojos. Luego le dije novia y el beso estalló como una naranja.

Esperanza quiso mojar sus pies. Sentóse a orillas del arroyo y se quitó las sandalias olorosas a trébol. El agua copió lo que siempre ocultan las faldas de las niñas; sentí crecer mi sangre, brillaron mis ojos, sentí crecer mi sangre.

Pudorosa, Esperanza, cerró el vestido por debajo de sus muslos. Pero el verano empujaba,
Me senté a su lado, y con dedos de estío aflojé el cordón de su cintura.

La besé en los labios. Nuestros cuerpos cayeron sobre el césped.

c)

No sacudía aún su divino sueño, el lirio. Pero ya el rocío estaba golpeando en sus orejas, un viejo rocío sano y alegre.

Me levanté con el deseo de ir a despertar a Esperanza, que dormía en su lecho de plumas a pocos pasos de mi mordida soledad de joven.

No sé, pero crecieron alas en mis hombros; tan liviano me supe. El aire se apartaba y se vencía ante mi cuerpo, y era benigno juego de oro la mirada del sol.

Crucé el pequeño jardín que nos aromaba, entre las rosas abiertas y el canto de los pájaros. Un augusto credo emergía de todo, como un vapor sagrado y tenue.

Llegué ante Esperanza. Dormía en su lecho de plumas a pocos pasos de mi mordida soledad de joven.

Bella y dulce la cabeza, egregio el desorden de los cabellos, dormidas las manos. Qué luz de soledad aseguraba su carne, y Dios vagaba en el aire de cristal,

Nacían sus senos bajo la ropa, y crecían de pronto como dos muchachuelos.

Me incliné sobre Esperanza, mi boca cayó sobre la boca suya, Un claro beso azul floreció, igual que si un arcángel se hubiera presentado súbitamente en la alcoba, y todo el mundo se volvió hacia nosotros para ver el milagro.

Esperanza detuvo su sueño. Abrió los ojos y sonrió en gavilla. Dijo:

—Víctor...

Afuera bruñían los estambres.

(d

Ibamos una tarde hacia la fuente. Mientras caminábamos, la dije:

—¿Sabes? Dios está en el fondo de todas las cosas.

—Esperanza me contempló con inmediata dulzura; luego tornó a sí misma, en perfecto regreso de ángel.

—Te amo, me dijo.

Al mismo tiempo, sobre las ramas del árbol cercano, un ruiseñor besó a su hembra.

—Dios está en el fondo de tus dedos.

—¿Qué hace Dios en mis dedos?

—Los suaviza.

Esperanza levantó un poco su vestido, y la fina pierna joven modificó su efigie.

—Dios está en el fondo de tus labios.

—Y en ellos, ¿qué hace?

—Habla.

El pecho de Esperanza se dilataba como una luna en creciente.

Cuando ella desnuda su pecho, un silencio descalzo pisa mi espíritu.

—Dios está en el fondo de tus senos.

—¿Qué hace Dios allí?

—Magnificarlos.

Ya estábamos a pocos pasos de la fuente. El sol finalizaba su diaria labor y la tierra brillaba como un palacio de oro.

Gruñó el último rayo; por un momento la cabellera de Esperanza tuvo fulgores, luego se opacó en la sombra.

Y habló Esperanza:

—Dios está en el fondo de mi vientre.

—¿Qué hace Dios en tu vientre?

—Prepara nuestro hijo.

La contemplé con inmediata dulzura. Y ella tornó a sí misma, en perfecto regreso de ángel.

Segundo Libro de Agonia

CARTA PRIMERA A ESPAÑA, 1937

España dolorosa,
algo quiere decirte mi corazón, mi fértil
obrero de gaviotas.

Algo quiere decirte cuando desde los diarios
(así, en flor pisoteada; así en semilla rota)
la cara de algún niño comanda mis pupilas
y resbala en mí el joven rocío de su boca.

Corazón, el que llevo, todo henchido de almendras,
casa de un sol que huye sobre mi voz redonda.
Corazón, el que expongo, admirable en situarse
allí en la independencia verde de las mazorcas.

Circuído de nardos, mi corazón, España,
por tí eleva su puño lleno de estrellas tórridas.
Por tí, sangre, que tienes ruiseñor destruído
e insurgente corcel desbocando las sombras.

En tanto, en tus recodos continúan vaciándose
cal, guijarro y mezquita de los hombres de Europa.
En tanto, tus mujeres ofician bajo el fuego
su mixto sacerdocio de madres y españolas:
amamantando un niño (oh el porvenir en brazos...)
caen sobre la tierra; aullando entre la pólvora
inauguran su enorme grito social, auténtico
resúmen de tu atmósfera.

Madres tuyas, España, con raíces ardientes,
con murallas ardientes debajo de sus ropas.
Madres tuyas, que guardan la tumba entre sus pasos,
que en la sien alimentan tambores de amapola.

Quieren despedazarla los caballos rebeldes
y situar cuatro patas en sus carnes gloriosas:
una sobre los ojos que te miran, España,
otra sobre las lenguas de anuncio que te nombran,
la tercera en los vientres que saben darte hijos,
y en el corazón grande que te lleva, la otra.

Hombres sin estatura ni ciudades adentro,
hombres con negros ríos que ahora desembocan,
tratan de prohibirles su potencia de árboles
y derramar su harina de sólidas personas.

Heroicas y sangrientas, entre lodo y miel, ruedan
tus madres proletarias, como un montón de rosas.

En tanto, caen tus niños, caen tus niños, España,
¡Ay, qué desesperada levadura que acosan!
¡Ay, qué sublime arcángel destrozado y mordido!
¡Ay, qué martirizada ciudad de alhajas rotas!
Caen tus niños, España, como caen las flores
en tus parcelas, próximas a inundarse de aurora.

Jaurías de fusiles les muerden sus estómagos,
despedazan sus formas,
degüellan sus gargantas que decían trigales
y estrangulan sus ojos llenos de mariposas.

Para esos asesinos del alhelí, para esos
que enturbian los diamantes, yo he alzado una horca.
Y los torturo en ella; íntimamente en ella,
y diariamente, en ella.

Y esa amargura cóncava
que aletea en los labios de los niños tendidos,
habrá de perseguirlos, sin tregua, hora tras hora,
hasta agrietar sus pieles, secar toda su sangre
y amortajar, un día, sus manos pecadoras.

Desde el fondo de veinte siglos de encrucijadas,
Jesús no los perdona.

(Jesús, el que tenía la garganta benigna
poblada por un dulce capital de palomas).

Caen tus niños, España. Caen tus niños, España.
Los pobres pequeñuelos que no mueren, sollozan.
Carne de seres trémulos les queda palpitando.
Alma de prematuros tristes les aprisiona.

Ya no juegan, España, sobre tus patios de oro;
ya no cantan, España, encima de tus cosas.
Tus niños no son niños: mataron su alegría,
su mundo les llenaron con tragedia y con sombra,
crucificaron su amplia risa de primavera.
Tus niños ya no ríen: tienen sal en las bocas.

Así, en cuerpos truncados; así, en flor pisoteada;
así, como corolas
blancas que no alcanzaron a abrirse bajo el día,
nos cogen desde tu ancha conmoción de leona.
(Vaga mirada tienen sus pupilas inmóviles,
óxido y golondrinas se anudan en sus órbitas).

Por tu dolor, por todos los dolores que sienten
tus madres, por la loca
vibración que acuchilla los dedos milicianos
al apretar sus gorras
o al tomar sus fusiles; por los niños caídos
y por los que están vivos sollozando en la Europa;
por tu gastado cuerpo de fénix, por la pena
que obscurece tus manos finas y poderosas,
algo quiere decirte mi corazón, España,
mi lámpara, oh, España,
llena de sangre y rosa...

DESESPERACION Y SOLEDAD

Es necesaria la cuadrilla de alba
o un puñetazo de roncadas violetas,
o un gran crimen de mar recién nacido,
y una alondra de par en par abierta.

Grave como el hocico de los tigres,
esta noche sin religión ni estrellas.
Jesús, que ya perdió sus doce apóstoles,
sólo es sombra en las sombras de la tierra.

El lirio está desprestigiado y seco
entre tanto fluir de cosas negras.
Sólo humedad de sangre, y sólo sangre,
y una turbia y gastada primavera.

De nada servirá que yo acredite
que tengo un alma pura aunque morena:
terca gaviota en unidades cae
sobre mi soledad que se acrecienta.

Hay un mal yacimiento de muchachas
en esta noche de la luna muerta;
un desnudar de muslos agitados
y una febril y apresurada entrega.

Es imposible amar cualquier cintura
sin transgredir la túnica de seda.
La cópula sucede como el trébol
o como el madurar de las abejas.

Gruesos recuerdos sucios y amarillos
caen de mí, lo mismo que hojas secas.
Una paloma sigilosa canta
en los suaves estambres de la tierra.

DIALOGO

A

Un veinticuatro de enero,
en noche de mala sangre,
hasta don Bernardo O'Higgins
ascendió volando un ángel.

Sucias llevaba las alas
con un polvo de ciudades,
jadeaba cual si tuviera
cansancio de nardo frágil.

Sus pies de adulto exponían
manchas de angustia y vinagre.
Al hablar dejaba en torno
un dolor de mal carácter.

B

ANGEL

Don Bernardo, don Bernardo,
traigo noticia importante,
noticia que me sacude
el cuerpo por todas partes.

Chillán se partió de súbito,
de rodillas fué denantes.
Sobre su espalda amanece
un triste grito de carnes.

DN. BERNARDO

¿Tal vez desbocóse el viento
entre el ritmo de sus árboles?
De seguro que algún toro
se dió a destruir sus calles.

ANGEL

Don Bernardo, don Bernardo,
Chillán salióse de madre
porque un clavel repentino
estalló a través del aire.

Dicen que las mozas andan
con heridas en el talle,
y que sus senos se han vuelto
duros de tanto combate.

DN. BERNARDO

¿Murieron todas las casas
con rezagos coloniales:
las de cal y adobe antiguo,
las de ventanas de cárcel,
las de rejas y jardines
propicios a los amantes,
las de cuatro mascarones
olorosos a romance?

ANGEL

Murieron, pero murieron
sin pedir permiso a nadie.

Ya no queda alcoba para
las entregas ilegales,
ni rincón en que florezca
la enorme guitarra de antes.
Muchos niños se han dormido
sobre el Silabario Matte,
las manos desordenadas,
el pecho lleno de lápiz,
absortos y cenicientos,
difíciles y admirables,...

DN. BERNARDO

...disminuídos los ojos
y el corazón como un valle.

ANGEL

Caramba que ha sido triste,
entre tanta cosa grave,
saber que don Otto Schaeffer
perdió su Casa del Arte.

D. BERNARDO

Que están mudos los violines
nupciales.

ANGEL

Que el piano ha caído en gesto
de mártir.

DN. BERNARDO

Y que tal vez don Darío
Brunet, turista y galante,
ha quedado sin su noble
Museo de Antigüedades.

ANGEL

Se rasgaron los tapices
orientales.

DN. BERNARDO

Fracasó la permanencia
de los cálices.

ANGEL

La ciudad, hembra infinita,
dispersa sus delantales.
De su fino cuello roto
huyen gritos montaraces.

Desnudo corre en las cosas
el aroma de su sangre.

DN. BERNARDO

Malhaya esta noche, amigo.
Chillán, que el Señor te salve.

C

Se abrió un testigo de bronce
en las páginas del aire.
Y doblaron sus cabezas
Bernardo O'Higgins y el ángel.

CARTA SEGUNDA A ESPAÑA, 1939

Asediada paloma, lápiz de carne indócil,
vencida sangre a ratos.

La pregunta es solemne como un fallecimiento:
¿dónde los niños, dónde su fuga de naranjos?
¿dónde sus ojos, dónde su incorrecta garganta?

Madre, el rocío asume negro rol en sus labios,

Madre, las oropéndolas llevan cabalgaduras
que no tienen los pájaros.

Un suave olor a muerto flota por los rincones
y un cielo de agrias causas rasguña los tejados.

Madre, tus mozas dulces.

Madre, tus hombres guapos.

Allí, en el mártir vientre de tu gitanería,
un moro agrupa el negro belfo de su caballo.

De torre en torre vuela la golondrina coja.

¿Qué viento sucedió bajo tus campos?

Dime que tienes fuerzas para clarificarte,
que puedes evadirte del arcángel de barro,
que constas de ancho tema de rosa en tu garganta,
que no quebrarán nunca la fruta de tus patios.

Oh mi España, galope de inmenso jugo turbio,
toro del mediodía con clavel en el cráneo,
¡cómo nos das abuelas muertas, obreros rotos
y escuelas que poseen sangre en los silabarios!

¡Cómo nos das tu gesto de gran hembra asediada!
Tu rodilla se parte, y en ella canta algo:
órbitas destruidas alrededor del cisne,
claras guitarras mudas rodadas en el pasto.

(¡Claras guitarras mudas caídas en el pasto!)

Las madres españolas no han de parir estrellas
por mucho tiempo. En vano
ocuparán sus vientres con luz y con espigas.
Será estéril el tibio descenso de los nardos.

Se detendrá la rosa, de pie en la madrugada,
y habrá ausencia de flores a través de tus prados.
Quedará solamente lamiendo tu corteza
un gran montón glorioso de puños proletarios.

Quiero llenarme de agua las sienes, para verte
y para serte útil; modificar mis manos
dóciles, para verte y para serte útil.

En la mejor provincia de mi pecho, te aclamo.

Vencida sangre, ahora, pero paloma innata,
tú has de vengar, ahora, la fuga de tus pájaros,

PEQUEÑA INSPECCION A LA FLOR

La flor posee un alma derramada
a lo largo del cielo y de la tierra.

Niña que el aire educa a todas horas,
de su novio —el rocío— se alimenta.

En el fino silencio del crepúsculo
flauta se vuelve para las ovejas.

Certifico que está llena de gracia
y que así lo atestiguan las estrellas.

La joven luna es inferior al cáliz
en que la flor mantiene su conciencia.

Todo el mundo, además, pide consejos
a su gran corazón de línea recta.

Siempre, al amanecer, en ella indago
cuál es su cantidad de adolescencia.

Arde un celeste material por dentro
de su impecable cutis de doncella.

La flor tiene sus manos derramadas
hasta en el fondo obscuro de las bestias.

CANTO A LA GUITARRA

Novia de todos los huasos
de exacta sangre chilena,
campana de los trigales,
reloj de las alamedas,
la guitarra es como un potro
que no a cualquiera se entrega,
que precisa mano ecuestre
y pie capaz de la espuela.

No sé en qué robusto lirio
acusa su procedencia,
ni quien templó la substancia
milagrosa de sus cuerdas.
El caso es que donde surge
su voz que galopa y quema,
saltan copihues del pecho
y el aire se despereza.

(La china pone a bailar
su corazón y sus trenzas,
y levanta y alborota
sus enaguas zalameras;
huye, rehuye, se burla,
arde el maíz de sus piernas,
triumfante extiende el pañuelo
y estiliza la cadera;
el galán, con ser jinete,
no logra ceñir las riendas,
y al reto de buenamoza
con poco fuego contesta;
pero de pronto maduran
sus bríos de alta soberbia,
y se torna gallo firme
que hace la cruz a cualquiera;
la moza rinde el pañuelo
ofrece una risa fresca,
y junto a su dueño bebe
chicha de viña morena.

La guitarra calla, entonces,
como se duerme una estrella,
y en su vientre ramifica
un quintal de yerbabuena.)

En todo rancho chileno,
criollo de pura cepa,
la guitarra es cosa de oro,
penacho de la querencia.

Pregúntenle al huaso puro
qué ama más en esta tierra,
y él les dirá que a su moza,
su alazán y su vihuela.

Frente al sudor de las trillas
o a la sombra de una higuera,
debajo de las ventanas
o dentro de las carretas,
la guitarra es siempre niña
que da su amor a fanegas,
que muere, que se acalora,
que delira, que se quiebra
en los anchos esquinazos,
las tonadas y las cuecas.

¡Guitarra de nuestro Chile,
si Dios yo un momento fuera,
te volvería mujer
para coronarte Reina...!

SONATA DE PIE, PARA GARCIA LORCA

Tigres de fresno obscuro le mordieron
su pecho de suavísimas alondras
en un amanecer fragante a nieve.

Su pecho vegetal, desesperado
de conducta celeste.

Ah, devorada sangre suya, sangre,
sangre de Federico, el eficiente.

Ah, su conocimiento de la espiga
roto por transeúntes sin higiene
y sin agua integral en las entrañas.

Ah, su cerebro de ángel, Ah, su alegre
mirada de gitano en ejercicio.

Clima de grueso insecto en la memoria
tendremos para él, y para siempre.

Cayó a través del aire, muerto apenas,
oloroso a muchacho de noviembre.

Y a sus axilas concurrió un antiguo
balbuceo de luz, y una guitarra
llorando despertó sobre su vientre.

Ya los musgos dijeronle el responso
con una voz y una palabra verdes,
y hasta los nardos básicos del cisne
se disocian por él, precisamente.

De pura luna falleció enseguida,
como un violín saturado de peces.
Ah, la luna final de Federico,
comandante de orfebres.

Ahora, ceniciento entre las hojas
y entre los pies del naranjo silvestre,
absorto en torno a cualquier golondrina
que golpee las puertas de sus sienes,
reúne sus dos manos y hace un puño,
un puño solo, y vivo, que convoca,
y lo levanta en alto, para siempre.

Contra el cuello robusto de su sangre
no hay tigre que se arriesgue.

Descansa sobre el lirio, el lirio suena;
corre adentro del toro y los laureles.

Y es larga aquella sangre, aquella sangre;
más larga en el silencio de la muerte.
Aquella sangre larga, pensativa,
está llena de gente,

Ignacio Sánchez, el torero, en ella
tiene la suya derramada y fuerte.

Antoñito el Camborio, entre sus glóbulos,
junto a los cuatro primos se revuelve.

Preciosa corre por su rojo cauce,
perseguida y urgente.

Sangre con aceitunas y lagartos,
rumorosa de novios y mujeres,
ronca en guardias civiles. Sangre exacta
evadida de su alto continente,

Es menester que oremos, que elevemos
una oración por su sangre celeste.

Federico murió frente a la aurora
y ante una enorme sonrisa de bueyes.

Bajó a través del aire, oh, Gran Caído,
y se durmió en la rosa. para siempre.

Su noble puño subsistió moviendo
anchas masas de cánticos terrestres.

Más duro que la piedra, responsable,
persistió en el testuz de los corceles.

Más hondo de gaviotas superiores
que cielo y mar, a pura España huele.

Su puño está más vivo ahora, Ahora.
Nos legó un puño en alto que no muere.

Un puño en alto, simplemente en alto.
que correrá en el hombre, ¡para siempre!

HISTORIA DE CRISTO

Erase un joven claro como el agua,
profesor del estambre y de las novias.
Corazón especial sé que tenía
para considerar las mariposas.

Que su voz se apoyaba en la violeta
acostumbran decir muchas personas,
De piedad en piedad diseminado,
hacía curaciones milagrosas.

Cuando era niño discutió, recuerdo,
con los Doctores de la Ley, y consta
que en espiga triunfal se convertía
la palabra auspiciada por su boca.

Dotado de un celeste contenido,
quiso instaurar su corte blanca y propia
y escogió a doce apóstoles, que eran
plácidos individuos de la costa.

Su doctrina llegó como un rocío
al alma de la gente pecadora,
modificó en azul sus pies de arroyo,
rigió sus voces, gobernó sus rosas.

Cuando hacía el Sermón de la Montaña
hubo, según consignan las memorias,
contienda de violines en el aire
y humedad en el aire. Las alondras.

Finalmente murió crucificado
junto á un par de ladrones, en el Gólgota.
Por él, desde las lícitas raíces
del nardo se levanta una corona.

Hoy el óxido llueve en su cerebro
y su doctrina es poco numerosa.
Esto lo explica, de manera cruda,
la divergencia actual de la paloma.

LERIDA TRAGICA

Sesenta niños españoles,
sesenta niños, camaradas.

Trigo celeste contenían
sus arteriales cabalgatas,
toro de auténtica frescura
ya despertaba en sus espaldas.
Cuando movían sus dos manos
estoy seguro que volaban,
porque de intrínsecos arcángeles
constan los dedos de la infancia.

Fué siempre claro, siempre, en rondas
su corazón de pura España.
La suave miel de la península
circulaba por sus palabras.
Eran, a diario, niños buenos
cuando corrían por las plazas,
y mayormente si la madre
ponía besos en sus caras.

¡Qué jugo especial conducían
bajo su piel de alta prosapia!

Sesenta golondrinas muertas,
sesenta niños, camaradas.

Con dulce pie, sueltas las voces,
limpios el traje y la mirada,
golpeando el sueño del rocío
iban a escuela tras del alba.
Un ruiseñor hincha su cutis
cuando ellos juegan en la sala.
Galope de hojas por el patio.
Brisa caída entre las ramas.
No analizaban el pedúnculo,
pero a través de sus membranas
los niños ven ciudades puras
y largo ejército de hadas.

Lunas de azul derramamiento
eran al son de las campanas.

Sesenta ovillos en desorden,
anchos de sangre, camaradas.

El tallo de estos aprendices
fué discutido una mañana,
una mañana de noviembre
inferiormente madurada.
Flotó en el aire el ruido triste
que no arrojan las buenas alas,
y una agonía espesa y húmeda
cruzó rasgando las entrañas.
Desde los niños salió un viento
de finas sienas derramadas.
Luz de vestuario y cal, la tierra
sintió morir sesenta flautas.

Gritaron bajo los escombros,
pero el grito que les quemaba,
como un semáforo impreciso
quedó incrustado en sus gargantas.

Sesenta niños, simplemente
sesenta niños, camaradas.

Sobre su sangre, sangre nuestra,
un fuego turbio despertaba.
Sobre sus ojos, ojos nuestros,
morían libros y guitarras.
Sobre sus manos, manos nuestras,
sin compasión cayó una espada.
Sobre sus vientres, vientres nuestros,
nacieron rosas y medallas.

Y eran sesenta niños nuestros,
colmenas nuestras, camaradas.

Pero es inútil que la noche
intente parir madrugadas,
y que encima de los sepulcros
Jesús convoque un mar de dalías.
Advendrán muchas, muchas lunas
llenas de indígena substancia,
y en los cabellos de los jóvenes
derramarán su fuerza blanca.

Múltiples veces el arado
ascenderá por las montañas,
y con rumor de buen cachorro
abrirá surcos de esperanza.

Pero en invierno o primavera,
como una mano de honda cáscara,
como un tambor de golpe denso,
un grito hará temblar mi casa:

¡Sesenta niños españoles,
sesenta niños, camaradas!...